

FACULTAD DE EDUCACIÓN Y HUMANIDADES
PROGRAMA DE FILOSOFÍA
CURSO TRABAJO DE GRADO II

La marginalidad de la vejez en la existencia humana: análisis filosófico-literario desde El fin del océano Pacífico de Tomás González y Un mundo feliz de Aldous Huxley

Autora: Judy Andrea Patiño Herrera

Filiación institucional: Universidad Católica Luis Amigó, Programa de Filosofía

Correo electrónico académico: judy.patinohe@amigo.edu.co

Resumen

Este artículo reflexiona filosófica y literariamente sobre la condición de la vejez en la existencia humana, enfocándose en su marginación en las sociedades contemporáneas. Se analiza el desplazamiento de la figura del anciano, otrora considerado sabio, hacia una representación invisibilizada y descartada en un contexto que privilegia juventud, productividad y autonomía. El análisis se centra en la novela *El fin del océano Pacífico* de Tomás González, donde se exploran fragilidad, finitud y desgaste como categorías existenciales, y se contrasta con *Un mundo feliz* de Aldous Huxley, que suprime la vejez en una narrativa distópica. Bajo un enfoque hermenéutico, se dialoga con aportes filosóficos de Epicuro, Cicerón, Simone de Beauvoir, Robert Redeker, Hannah Arendt, Martha Nussbaum, Alasdair MacIntyre y Byung-Chul Han. Los resultados señalan que la marginación de la vejez expresa un rechazo más profundo a la finitud humana, y que recuperar la dignidad del envejecimiento resulta fundamental para replantear perspectivas éticas, educativas y culturales.

Palabras clave: marginalidad social, vejez, fragilidad, finitud humana, exclusión social

Abstract

This article offers a philosophical and literary reflection on the condition of old age in human existence, focusing on its marginalization in contemporary societies. It analyzes the displacement of the figure of the elderly person—once regarded as wise—toward an invisible and discarded representation within a context that privileges youth, productivity, and autonomy. The analysis centers on Tomás González’s novel *El fin del océano Pacífico*, in which fragility, finitude, and decay are explored as existential categories, and contrasts it with Aldous Huxley’s *Brave New World*, where old age is eliminated in a dystopian narrative. From a hermeneutic approach, the discussion engages with philosophical contributions by Epicurus, Cicero, Simone de Beauvoir, Robert Redeker, Hannah Arendt, Martha Nussbaum, Alasdair MacIntyre, and Byung-Chul Han. The findings suggest that the marginalization of old age expresses a deeper rejection of human finitude and that reclaiming the dignity of aging is essential to rethinking ethical, educational, and cultural perspectives.

Keywords: social marginalization, old age, frailty, human finitude, social exclusion

1. Introducción

La vejez ha dejado de ser un símbolo de respeto y dignidad para convertirse en una condición invisibilizada y marginada. Como señala Simone de Beauvoir (1970), la modernidad la ha convertido en un “otro” descartado. Este artículo busca analizar cómo se expresa la marginalidad de la vejez en la literatura y qué implicaciones filosóficas tiene. Se plantea como problema central la exclusión del anciano en un mundo que exalta juventud y en el rendimiento.

La pregunta de investigación es: ¿Cómo se expresa la marginalidad de la vejez a través de las categorías de fragilidad, finitud y desgaste, y qué revela el contraste entre El fin del océano Pacífico y Un mundo feliz sobre el lugar de la vejez en la existencia humana?

2. Problema a tratar

La marginación de la vejez constituye un fenómeno cultural y existencial. En sociedades actuales, la vejez se presenta como una “muerte social”, relegada de la vida productiva y simbólicamente invisibilizada. Surge así la necesidad de indagar cómo la literatura refleja y cuestiona estas construcciones sociales.

Pregunta de investigación: ¿Cómo se expresa la marginalidad de la vejez en la existencia humana a través de fragilidad, finitud y desgaste en El fin del océano Pacífico y cómo se contrasta con su negación en Un mundo feliz?

3. Objetivos

Objetivo general

Analizar cómo se expresa la marginalidad de la vejez en la existencia humana a través de las categorías de fragilidad, finitud y desgaste en El fin del océano Pacífico y contrastar con la negación de la vejez en Un mundo feliz, como aporte a una comprensión crítica del envejecimiento desde una perspectiva filosófica y literaria.

Objetivos específicos

- Identificar los aportes filosóficos de Epicuro, Cicerón, Simone de Beauvoir, Robert Redeker, Hannah Arendt frente a la vejez y su vigencia en el contexto contemporáneo.
- Contrastar las representaciones de la vejez en las dos novelas, a partir de sus contextos narrativos y simbólicos.

- Relacionar las categorías filosóficas de fragilidad, finitud y desgaste con las representaciones literarias analizadas.

4. Marco teórico

4.1 Visión filosófica de la vejez y su vigencia en el contexto contemporáneo

A lo largo de la historia del pensamiento occidental, los filósofos han reflexionado sobre la vejez más allá de los cambios biológicos que acompañan al ser humano, vinculándola con su modo de habitar el mundo. La valoración social y cultural de las personas mayores ha atravesado múltiples transformaciones: en ciertos momentos exaltada como una etapa de sabiduría y virtud, y en otros reducida a la marginalidad. En la modernidad, el culto al cuerpo joven y a la utilidad ha invisibilizado la corporalidad envejecida, relegando al “viejo” a la enfermedad y a la improductividad, como si la vejez fuese sinónimo de padecimiento (Beauvoir, 1970). De ahí surge la necesidad de resignificar la experiencia vital de las personas mayores y de reconocer en ella un valor en el presente.

Hasta ahora la vejez constituye una etapa de la vida en la que los individuos transitan con capacidades, limitaciones y desgastes biológicos. Sin embargo, resulta necesario partir de su carácter heterogéneo, pues refleja una diversidad de procesos y experiencias. No es lo mismo ser viejo y sano que ser viejo y enfermo, envejecer en contextos rurales o urbanos, o hacerlo en sociedades con fuertes lazos comunitarios frente a otras dominadas por la lógica individualista. Como recuerda Beauvoir (1970), hablar de “la vejez” en abstracto implica borrar la pluralidad de modos de envejecer. Pensar desde la filosofía permite devolverle esta complejidad existencial, social y cultural, más allá de una visión meramente biológica.

Podemos observar entonces que, desde la antigüedad, Platón en *La República* presenta la figura de Céfalo, el padre de Polemarco, como ejemplo de serenidad en la vejez, destacando el alivio que supone el retiro de los deseos desbordados de la juventud (Platón, 1992, 329a–331d). Cicerón, por su parte, en *De senectute* eleva la figura de Catón el Viejo como modelo de dignidad, resaltando el valor de la experiencia y la tranquilidad alcanzada con el paso de los años (Cicerón, 2000). Ambos pensadores destacan la capacidad de la vejez para aportar reflexión y sabiduría, en contraste con la impulsividad juvenil.

Con base en lo anterior, se presenta el contraste con lo que sucede durante la Edad Media, bajo la influencia del cristianismo, la vejez se interpreta principalmente como preparación para la muerte. Autores como San Agustín asocian el desgaste corporal con la finitud, situando la vejez en relación con la vida eterna y el recogimiento espiritual: “la vida presente es un tránsito, y toda edad, incluida la vejez, se ordena hacia el descanso en Dios” (Agustín, 2006, *Ciudad de Dios*, XIX, 10). En esta tradición, los filósofos medievales continuaron comprendiendo el envejecimiento como parte de la historia natural del hombre, pero cargado de sentido teológico, donde el desgaste del cuerpo no es un castigo, sino el aliciente para la preparación digna para la resurrección.

Luego, con la modernidad y el auge de la industrialización, la vejez comienza a ser pensada bajo parámetros de desempeño. El cuerpo envejecido se vuelve un “cuerpo improductivo” y, por tanto, marginalizado socialmente. Simone de Beauvoir (1970), en su obra *La vejez*, analiza este cambio de paradigma, señalando cómo el capitalismo acentúa la visión negativa de la vejez al asociarla con inutilidad, decadencia y proximidad de la muerte. Este imaginario, consolidado desde la modernidad, sigue influyendo en la cultura contemporánea.

En este contexto, la hermenéutica —entendida como búsqueda de sentidos a través de la interpretación (Gadamer, 1997)— permite recuperar las voces filosóficas que han pensado la vejez y ponerlas en diálogo con nuestro presente. No se trata únicamente de exponer las ideas

de Epicuro, Cicerón y Hannah Arendt, sino de interpretarlas desde su tradición y proyectarlas hacia los desafíos contemporáneos.

En este sentido Epicuro (341-270 a. C.) concibe la vejez como un momento en que la filosofía se hace más necesaria. En su Carta a Meneceo afirma: “Nadie por ser joven vacile en filosofar, ni por ser viejo se canse de filosofar” (Epicuro, 1994, p. 47). Este gesto puede leerse hermenéuticamente como una invitación a no excluir a la vejez de la reflexión vital, sino a reconocerla como un tiempo en que la cercanía con la muerte intensifica el sentido de la vida. Desde esta perspectiva, la vejez no es un abandono, sino un umbral de reconciliación con la existencia mediante la serenidad interior (ataraxia). En el presente, esta propuesta ofrece resistencia frente a una cultura que asocia el envejecimiento únicamente con deterioro, ofreciendo un horizonte de plenitud.

Cicerón (106-43 a. C.), en *De senectute*, presenta otra clave hermenéutica: la vejez como dignidad y utilidad social. Allí sostiene que “la vejez no solo no es indigna, sino incluso más digna que las otras edades, si se sabe aprovechar” (Cicerón, 2000, p. 62). A diferencia de Epicuro, que privilegia la serenidad interior, Cicerón enfatiza el reconocimiento social. Interpretado en la actualidad, este planteamiento permite pensar la vejez no como dependencia, sino como agencia y participación comunitaria.

Hannah Arendt (1906-1975), en *La condición humana*, no aborda la vejez de manera explícita, pero su reflexión sobre la acción, la pluralidad y la narración ofrece claves interpretativas para comprenderla. Según Arendt (2009), la acción humana se inscribe en una red de relaciones y relatos que configuran el mundo común. Desde una lectura hermenéutica, la vejez puede entenderse como una etapa en la que la memoria adquiere centralidad, y narrar la experiencia se convierte en acto político: los mayores sostienen la continuidad simbólica de la colectividad. Así, la vejez se configura como espacio de mediación entre pasado y presente, donde la memoria viva nutre la comunidad.

El análisis de Simone de Beauvoir en *La vejez* es fundamental para una comprensión crítica del envejecimiento, pues fue una de las primeras pensadoras en despojarlo de su aparente naturalidad para definirlo como una construcción cultural. Para Beauvoir, la condición del anciano no puede entenderse si se la reduce a un hecho biológico; es, ante todo, un fenómeno social que revela las contradicciones y las hipocresías de la sociedad que lo produce. Su pensamiento nos proporciona el utillaje crítico para diseccionar las representaciones literarias del envejecimiento, poniendo en perspectiva diferentes dimensiones y enfoques para comprender el envejecimiento: La Vejez como Alteridad, el anciano es sistemáticamente concebido como “el Otro”. Para el adulto activo y productivo, el viejo representa una especie extraña en la que se niega a reconocerse. Esta distancia ontológica genera un ostracismo existencial: al no compartir los mismos proyectos ni el mismo mundo, el anciano se convierte en un ser marginal cuya experiencia resulta ajena e incomprensible; aparece entonces, la Dimensión Biológica y Patológica: La sociedad establece una conexión casi indisociable entre la vejez y la enfermedad, al punto que la expresión “viejo y achacoso”, señala Beauvoir, es prácticamente un pleonasma. Esta percepción se ilustra en la anécdota de Samuel Johnson, quien a sus setenta y cinco años declaraba que sus enfermedades eran “asma, hidropesía y algo menos curable: setenta y cinco años” (Beauvoir, 1970, p. 25). La vejez es percibida como la suma de todos los achaques. y finalmente, La Dimensión Económica y Social: En última instancia, la condición del anciano está determinada por el contexto social y, más específicamente, por su valor productivo. En sociedades donde el individuo es valorado por su capacidad de trabajar, el viejo, al volverse improductivo, se convierte en una «boca inútil», un fardo para la colectividad. Su suerte, por tanto, no depende de un estatus inherente, sino que es decidida por la comunidad según sus propios intereses.

Finalmente, al presentar las obras de Tomás Gonzáles y Aldous Huxley contrastando cómo se aborda la vejez desde lo literario y filosófico bajo las categorías de fragilidad, finitud y

desgaste se puede contrastar con las posiciones de los autores referenciados y de la marginalidad del viejo en la sociedad contemporánea.

4.2 La vejez según Tomás González desde *El fin del océano Pacífico* de y Aldous Huxley en un mundo feliz

La literatura siempre ha sido una puerta para delimitar, reflexionar y exaltar temas de interés en la comunidad. Desde este lugar, cada autor aborda la vejez desde diferentes posiciones de reflexión que permiten entablar diálogos sobre la condición humana y generar reacciones en su comunidad lectora. Como señala Ricoeur (1996), el relato abre horizontes de comprensión porque “nos comprendemos a nosotros mismos frente al texto y en él” (p. 87). Desde esta perspectiva, la comparación de obras literarias ofrece la posibilidad de contrastar cómo se representa la vejez en relación con categorías existenciales como la fragilidad, la finitud y el desgaste, ya sea que estas aparezcan o que, como en las utopías o distopías, se busque suprimirlas.

Tomás González, con una mirada humanizada y profundamente íntima de la vejez, permite ver en *El fin del océano Pacífico* (2001) cómo la literatura, más allá de representar el ocaso biológico, abre un espacio para resignificar la vejez como tiempo de memoria y acompañamiento. La figura de Horacio, (protagonista de la novela) que enfrenta la enfermedad y la muerte en compañía de su madre y su tía, simboliza la interdependencia y la vulnerabilidad como rasgos constitutivos de la condición humana (Butler, 2006). En contraste con narrativas que invisibilizan al viejo, la novela apuesta por narrar la vejez desde la fragilidad, sin negarla, pero también sin reducirla únicamente a carencia, lo que invita a cuestionar los modos en que la sociedad contemporánea percibe y trata a sus mayores.

A través de María y Celina, el lector se adentra en los sentimientos del narrador principal, con sus temores, dudas y deseos, que van revelando un proceso de preparación para la muerte.

La novela inscribe la enfermedad como eje transversal: aunque en un inicio González se detiene en la vitalidad de María —su gusto por nadar en el río, su terquedad, sus pequeños placeres—, progresivamente la narrativa se desplaza hacia la degradación física. En las últimas páginas, la presencia del cáncer de Horacio irrumpe con fuerza y se convierte en símbolo de un envejecimiento acelerado, un cuerpo que parece condensar en semanas los signos del desgaste vital. Aquí se cumple lo que Arendt (2009) señalaba sobre la finitud humana: que “la vida está siempre amenazada desde su comienzo por la mortalidad” (p. 25), pero esa amenaza se vuelve más visible en el último tramo de la existencia.

La metáfora implícita en *El fin del Océano Pacífico* presenta la vejez como una forma certera y definitiva de habitar y concluir el tránsito vital. En esta representación, hay belleza en el desgaste y dignidad en la aceptación del final: se agota el tiempo, la utilidad se desvanece y el espacio- tiempo se contraen. De este modo, Tomás González resalta una lectura de la vejez alejada de los valores contemporáneos de ejecución y funcionamiento para reivindicar la mirada de la vejez desde lo literario, hacia ese camino transitado con un estado de plenitud y contemplación dejando un mensaje de comprensión justo e indulgente con el viejo enfermo.

En contraste, la fragilidad humana ha sido abolida en la obra *Un Mundo Feliz*. El escenario ficcional creado por Aldous Huxley apuesta por un orden social impuesto por los estándares de una sociedad donde se categoriza la condición humana y se manipula la existencia, perdiendo la autenticidad y la libertad. En esta distopía el soma símbolo de la felicidad programada, aleja a los individuos del disfrute de vivir con un propósito personal. Todos los habitantes están homogeneizados y alineados en la superficialidad del sistema. En toda la obra los cuerpos permanecen jóvenes sin sufrir el desgaste propio de la vejez. Volviendo a la categorización de la sociedad moderna en útil o inútil, encasilla al viejo en un “otro” al que no se quiere ni siquiera tener cerca.

Por otro lado, el personaje de Linda representa la degradación y la vejez, en Un Mundo Feliz, una sociedad que ha suprimido los cambios corporales y prevalece la juventud en nombre de la estabilidad social. En su existencia enfrenta una muerte social que la lleva a la marginalización, ya que en el Malpaís procreó a Jhon, generando un rechazo y una separación del grupo de la beta, porque no encaja en el patrón de sumisión, placer y felicidad constante. Huxley, adelantado para su época realiza una interpretación de la modernidad, el jovenismo como lo llama Robert Redeker, anula la existencia del viejo dejándolo en los límites de la existencia. Hay un odio al viejo, se quiere invisibilizar y dejarlo recluido en hogares geriátricos.

Desde una postura filosófica contemporánea, es necesario repensar las categorías implícitas en la vejez, desde lo ontológico y lo existencial, encontrando belleza en el cambio, la lentitud y la pausa. Un ejemplo de ello, lo aporta Cicerón en De Senectute, donde exalta la experiencia, la prudencia y la justicia de las personas mayores, “Creo que el orador no languidece por la vejez, función que no sólo depende de su ingenio, sino de la potencia de su voz e incluso de su energía” (Cicerón, 2000) resaltando las capacidades que se perpetúan en esta etapa de la vida. Así mismo, Simone de Beauvoir en su obra sobre la vejez expresa que cuando se reconoce una hermosa vejez es porque “el hombre de edad ha encontrado física y moralmente su equilibrio” (Beauvoir, 1970).

Cicerón sería, sin duda, un detractor de la cultura actual. En De Senectute, presenta una postura contundente al plantear “pienso, que lo peor en la vejez, es sentir y darse cuenta uno mismo, que eres odioso para los demás” (Cicerón, 2000), ya desde la época antigua había una preocupación por la marginalización en la vejez y la pérdida de valor de la persona anciana. Uniendo su perspectiva con la mirada contemporánea de Robert Redeker en la que hace un rechazo contundente al jovenismo y la categorización social, marcada por el provecho y la eficiencia. Los dos autores coinciden en devolver el sentido y permitir los matices presentes en la fragilidad, la finitud y el desgaste que pueden presentar las personas mayores.

Por todo lo anterior, es necesario, desde la academia con las narraciones literarias y las reflexiones filosóficas ayudar a construir una reivindicación con los viejos, donde se frene la marginalización y se devuelva una mirada empática. Ese otro es necesario reconocerlo dentro de su proceso vital, ya que hay goce en su proceso a través de la experiencia y la sabiduría adquirida. En las novelas seleccionadas *Un mundo feliz*, Aldous Huxley suprime la fragilidad ilustrando una negación cultural de la finitud, por lo tanto de la humanidad misma y en *El fin del Océano Pacífico*, Tomás González devuelve una mirada compasiva a la fragilidad, finitud y al desgaste corporal y nos recuerda un postulado de Simone de Beauvoir “ La vejez concluye siempre en la muerte” (Beauvoir, 1970) pero para la autora, primero se da una muerte social antes que la biológica, por el tema de exclusión social que genera la estructura capitalista de la sociedad moderna.

4.3 Las categorías filosóficas de fragilidad, finitud y desgaste y su representación en la literatura

La definición de marginalidad según la Real Academia de la Lengua Española hace referencia a la situación de marginación o exclusión de una persona o colectividad. Esta delimitación del término se puede asociar con indiferencia, discriminación, represión o rechazo. Por lo tanto, en la vejez son situaciones relacionadas con categorización social, económica, por situaciones de salud o temas culturales o simbólicos. Siguiendo con la pregunta inicial ¿Cómo se expresa la marginalidad de la vejez a través de las categorías de fragilidad, finitud y desgaste? El eje central, para la construcción de la respuesta son las obras *La Vejez* de Beauvoir y *Bienaventura Vejez* de Robert Redeker, ya que abordan la vejez desde la perspectiva filosófica, con denuncias marcadas frente a la marginalización presente en la sociedad actual.

Simone de Beauvoir es la filósofa contemporánea que dedicó una parte de su obra a la resignificación de la vejez, con una tesis contundente: la marginalidad no es algo natural sino impuesto por la cultura. “Toda sociedad tiende a vivir, a sobrevivir; exalta la fecundidad, ligados a la juventud; teme el desgaste y la esterilidad de la vejez” (Beauvoir, 1970, p. 55) postura que se relaciona con el tema central de la obra de Huxley *Un mundo feliz* donde suprime la vejez y la fragilidad donde expresa “la estabilidad social se logra con la conquista de la vejez” (Huxley, 1988). Ambos autores, denuncian directamente la negación cultural de la vejez, exaltando lo juvenil y productivo. Beauvoir a través de la invisibilización con la denuncia de la muerte social y en la distopía de Huxley en su clasificación social, si los viejos existieran, ocuparían el lugar de los Deltas o los Épsilon, ya que su beneficio colectivo, estarían relegadas a su productividad en el sistema, a través de su condicionamiento mecánico al trabajo. “Todo condicionamiento tiende a lograr que la gente ame su inevitable destino social” (p. 32).

Esa tensión entre tiempo y existencia también se abre paso en la narrativa de González, donde denuncia la eliminación del desgaste y la marginalización del viejo; en *El fin del océano Pacífico* reflexiona cómo aparece la idealización del mundo moderno por lo juvenil. “El mundo de los niños no envejece” (p. 96). Esta utopía muestra la tendencia por lo bello y juvenil, donde la sociedad actual se rehúsa a envejecer. Entonces, ¿por qué envejecer desde una perspectiva existencial, se hace tan aterradora? Los individuos modernos no aceptan el envejecimiento como algo propio y natural, cada vez aparecen más investigaciones frente al anti-envejecimiento. La vejez es ese camino al que no se desea llegar; en la exterioridad es el “otro el que envejece” ocurriendo una escisión con el proceso individual, con un miedo marcado hacia la decadencia, dependencia y la inutilidad.

Por lo tanto, la marginalidad no es una condición exclusiva del que envejece; sin embargo, frente a la mirada del otro adquiere un componente social, el sólo hecho de alcanzar una edad avanzada ya es un éxito de permanencia y resistencia. Nussbaum al igual que

Beauvoir critica el repudio social de la vejez, ambas coinciden en que es algo estructural de la modernidad donde no se tiene presente la vulnerabilidad y la fragilidad y solo se le da un valor al desempeño y la rentabilidad de lo juvenil. Frente a ello, se hace necesario devolver la individualidad al sujeto envejecido, otorgándole la libertad de elección y acción según sus capacidades. En este sentido, Hannah Arendt traza una línea conceptual en su libro *La condición humana* "Ser libre y actuar son la misma cosa." (Arendt, 1993, p. 179) lo que concuerda con la capacidad de participación colectiva de las personas mayores y su autonomía que puede estar presente aún en el final de su vida.

Así, la fragilidad humana está estrechamente vinculada con el proceso vital de existir, según el abordaje literario se puede exaltar y presentar como parte del proceso. En *El fin del océano Pacífico*, Horacio su protagonista va narrando su recorrido vital acompañado del desgaste biológico de su cuerpo. Su existencia está marcada por la aceptación serena de la finitud "dejo de luchar por fin y cedo todo en un instante" (González, 2001). Entre tanto, En un Mundo feliz la existencia de Linda cambia al hacer un viaje al Malpaís, sufre por no obtener la dosis de soma y evidencia el desgaste de su cuerpo, se convierte en la madre de John y al mismo tiempo envejece. Su personaje presenta la fragilidad social, la cual es rechazada en los dos mundos - el salvaje y el estado mundial - ya que no encaja en los estándares sociales. Rompe las reglas de juventud más integradora e inclusiva del proceso de envejecimiento, en su tratamiento de la fragilidad la identifica como un florecimiento humano. En su libro *Envejecer con sentido* expresa "si aceptamos que la vejez es una época de la vida, de ahí deriva que es una realidad que todos tenemos en común" (Nussbaum, 2017 p.14) presentando así una postura ética y de justicia social que reivindica el valor de envejecer y la interdependencia entre todos. Esta perspectiva se ve relacionada con el personaje de Celina, la madre de Horacio en *El fin del océano Pacífico* quien a sus 91 años tiene una mirada de serenidad aceptando la susceptibilidad de la vida "Si el mundo no fuera tan frágil no tendría gracia" (González, 2001).

La finitud está atravesada por la fragilidad, por lo que en su abordaje conceptual se puede usar indistintamente. Sin embargo, en relación con la marginalidad de la vejez, la finitud tiene una delimitación como pérdida de capacidades, pero también de experiencias. Desde lo ético es necesario generar conciencia del cambio y del cuidado, respetando y valorando el cuerpo desgastado con la historia que lo rodea. Adicional a esto, la finitud también se ha relacionado con la muerte social, relacionado con la utilidad y aportes al sistema. En un Mundo feliz hay un lenguaje simbólico que refuerza el contraste con lo juvenil “es estupendo pensar que podemos seguir siendo útiles aún después de muertos” (Huxley, 1988).

Huxley, en su relato ficcional de 1932, logra sentar una postura filosófica anticipatoria sobre cómo se podría proyectar un orden social, con negación de la finitud y la fragilidad, donde el sentido de la vida se pierde y lo esencial es estar bajo el efecto del soma para poder encajar sin generar una contradicción, En contraste, Tomás Gonzales en El fin del Océano Pacífico aborda una verdad dolorosa pero constitutivamente humana “ todos nos vamos a morir algún día” (González, 2001).

Por su parte, Robert Redeker, en Bienaventurada Vejez plantea que existe violencia simbólica al no reconocer al sujeto de edad con sus posibilidades y desgastes, retoma el postulado de Simone de Beauvoir que el anciano en el mundo moderno experimenta una muerte social antes que una muerte biológica, por el predominio del jovenismo. En palabras del filósofo “los viejos forman, de manera inédita, la clase de edad contra la que la sociedad confabula sin decir una palabra, transformándolos en futuros objetos de sacrificio” (Redeker, 2008).

Por lo tanto, el desgaste, como forma de marginación, se relaciona con el fenotipo corporal como debilidad, dependencia, pérdida de la autonomía y decrepitud. El cuerpo como símbolo de resistencia que permanece en el tiempo. En la actualidad se presenta un aumento de la longevidad por lo que los cambios fisiológicos del envejecimiento son más acentuados en edades extremas. El desgaste puede equiparse con invalidez, pues la sociedad tiende a asociar

la pérdida funcional con disminución del valor y su participación social. Simone de Beauvoir lo delimita como “la decadencia senil no sólo es penosa de soportar en sí misma, sino que pone al hombre de edad en peligro en el mundo” (Beauvoir, 1970, p. 550).

De este modo, la vejez se convierte en un espacio de reflexión filosófica permitiendo que se disminuya la brecha existente entre la tensión del cuerpo envejecido y la dignidad del cuerpo resistente. Ser viejo no está mal, solo refleja una existencia recorrida con vulnerabilidades, experiencias y modos distintos de ver el mundo. Una humanidad encarnada y vivida. La salida posible está en comprender la heterogeneidad de la vejez, reconocer que no hay una sola forma de envejecer sino múltiples modos de habitar el tiempo y el espacio, incluso hay dignidad en la condición de enfermedad.

Los filósofos aquí abordados desde Cicerón hasta Beauvoir, pasando por Redeker, no sólo buscan describir la condición de ser viejo en la sociedad actual, con las exclusiones a las que han sido sometidos, sino devorarle el carácter humano en una sociedad que los niega, mirar el anciano y reconocer que la vejez es una orilla a la que todos, inevitablemente llegaremos. Las corrientes contemporáneas que reflexionan sobre la nueva longevidad, proponen una visión más justa e incluyente, donde la participación social y los enfoques diferenciales sean el pilar fundamental de segmentación. Desde esta perspectiva se requiere un trabajo interdisciplinar en que la filosofía y la literatura dialogan con otras disciplinas, donde el abordaje de la fragilidad, la finitud y el desgaste no sea visto como una derrota sino como la expresión auténtica de la existencia.

El contraste entre *El fin del océano Pacífico* y *Un mundo feliz* no podría ser más fundamental. Mientras que la obra de González se sumerge en la aceptación dolorosa de la condición humana, la de Huxley explora las consecuencias de su negación aséptica. La pregunta central que surge de esta confrontación es: ¿qué revelan estas dos representaciones opuestas

sobre el valor que nuestras sociedades otorgan al envejecimiento y a la totalidad de la experiencia humana?

A la luz del marco de Beauvoir, las implicaciones de cada visión son profundas. La obra de González, aunque dolorosa, reconoce que la dignidad se encuentra en la lucha contra la finitud. La madre, a pesar de su fragilidad, sigue siendo un sujeto con voluntad cuya humanidad persiste. Por el contrario, Huxley retrata un mundo donde la “dignidad” es irrelevante porque la lucha ha sido eliminada. La distopía de Huxley demuestra que una sociedad que busca la felicidad a través de la negación del sufrimiento termina por deshumanizar a sus miembros, confirmando la tesis de que la forma en que una sociedad trata a sus ancianos es la prueba definitiva de su “humanismo”. El fin del océano Pacífico nos obliga a confrontar una verdad difícil que Un mundo feliz borra: que ser plenamente humano es permanecer como sujeto de deseo y voluntad, incluso mientras uno se convierte en objeto de decadencia y cuidado.

5. Metodología

El estudio se enmarca en un enfoque cualitativo de carácter hermenéutico.

Procedimiento:

- Lectura comprensiva y contextualización de El fin del océano Pacífico y Un mundo feliz.
- Selección de fuentes filosóficas (Epicuro, Cicerón, Arendt, Simone de Beauvoir, Robert Redeker, Nussbaum, byung- Chul Hang) Identificación de las categorías analíticas: fragilidad, finitud y desgaste.
- Interpretación hermenéutica en diálogo entre literatura y filosofía.
- Síntesis crítica para comprender la marginalidad de la vejez como construcción social y existencial.

Para sustentar esta investigación nos centraremos en el enfoque hermenéutico concentrados en una epistemología comprensiva; para este caso se busca concebir el conocimiento no como una mera acumulación de información o datos, sino como un acto de interpretación, por tanto, la comprensión implica entonces un movimiento reflexivo, por medio del cual el sujeto se identifica y autoreconoce en los significados que emergen del texto y la experiencia.

Paul Ricoeur (1986) plantea que la interpretación es una mediación entre el mundo texto del texto y el mundo del lector, a su vez plantea que el texto abre amplitud de sentidos posibles, esta visión se constituye notablemente productiva para el análisis de *el Fin del Océano pacífico* y *Un mundo feliz*, mientras, ambos textos son invitaciones a habitar mundos posibles desde los que se puede repensar la vejez, la fragilidad y el tiempo.

La hermenéutica, epistemológicamente, asume que el conocimiento es estructurado, y siempre es situado, histórico y dialógico.

De manera que el sentido no se presenta como un dato previo, sino como algo que emerge en la interacción viva entre el texto y quien lo interpreta. En esa fusión de horizontes, la hermenéutica no aspira a una verdad universal, sino a revelar los modos en que el ser humano se comprende a sí mismo al otorgar sentido a su existencia, como afirma Gadamer (1960) “la comprensión no es un método de conocimiento, sino el modo en que el ser histórico existe”.

Es así que, esta posición epistemológica nos permite aproximarnos a la vejez y a la finitud, no como objetos de estudio, sino como experiencias de sentido, en las que se revelan la memoria, el desgaste y la vulnerabilidad como dimensiones que constituyen el ser.

Podemos decir entonces que la hermenéutica, en consecuencia, se presenta como un camino para pensar la palabra literaria y la reflexión filosófica como modos de interpretación del mundo, donde conocer equivale a existir y comprender se vuelve una forma de ser en el mundo.

Este análisis se inscribe en un enfoque cualitativo de carácter hermenéutico, en este caso tiene orientación a la comprensión del sentido de la vejez y la finitud como parte de la experiencia humana. A partir de este punto de vista, con este análisis no se busca esclarecer verdades objetivas o de manera cuantitativa verificables, en este análisis la búsqueda es por la comprensión del significado que nace en la sincronía de la filosofía y la literatura.

Hans-Georg Gadamer (1960) en *verdad y método* señala que la comprensión es un proceso de mediación en el que los horizontes del intérprete y del texto se entrelazan, de manera que “comprender es siempre comprender de otro modo”. Es así que el trabajo hermenéutico tiene como punto de partida la premisa de que cada lectura implica una profunda transformación del lector y por ende un encuentro con un mundo de sentido que el texto pone en cuestión.

De modo que la hermenéutica filosófica estructura un marco adecuado para este estudio, dado que permite abordar las obras literarias mencionadas como espacios de pensamiento. En las obras la narrativa y poética se establecen como modos de comprensión de la condición humana y de sus límites.

Por otro lado, Paul Ricoeur (1986) en su libro: “*Del texto a la acción*” menciona que el texto literario no se limita a reflejar la realidad, en cambio, “proyecta un mundo posible” que el lector habita. Ese carácter proyectivo posibilita una interacción enriquecedora entre la filosofía y la literatura, y en ella las categorías de finitud, fragilidad y desgaste se evidencian como estructuras de pensamiento y como experiencias narradas.

Elegir la hermenéutica se justifica porque la vejez y la finitud no son fenómenos reductibles a un plano empírico, sino experiencias de sentido que requieren comprensión. Hannah Arendt en su libro *La condición humana* (1958) nos recuerda que la existencia humana está marcada por el nacimiento y la muerte, dos opuestos que otorgan significado a la acción y

al pensamiento. Desde esta perspectiva la vejez aparece como una figura del límite, donde la temporalidad se hace consciente de sí misma.

En ese sentido, la noción de fragilidad se hace relevante desde la ética y la estética. Nussbaum, (1995), en la fragilidad del bien, nos muestra la forma en que la vulnerabilidad frente a la fortuna atraviesa tanto la tragedia griega como la filosofía moral, planteando que la dependencia y el sufrimiento hacen parte de lo que nos configura como seres éticos. Byung-Chul Han (2010), en la sociedad del cansancio, describe el desgaste contemporáneo como la consecuencia de la autoexplotación y de la falta de sentido, noción que aquí podemos relacionar con el envejecimiento como experiencia de resistencia y desgaste.

La revisión de las perspectivas filosóficas mencionadas anteriormente nos permite una comprensión distinta de la vejez, una que la sitúa como figura simbólica de la finitud, un horizonte donde coexisten la vulnerabilidad del cuerpo y la reflexión sobre el sentido del tiempo. Por ese motivo, el método hermenéutico nos ofrece una vía interpretativa frente a los discursos literarios y su configuración frente a los imaginarios del final, del agotamiento, y al mismo tiempo de la lucidez y la memoria.

6. Resultados

El análisis de *El fin del océano Pacífico* muestra la vejez como experiencia atravesada por fragilidad y finitud, donde la dignidad se conserva en el vínculo y el cuidado. El deterioro del hijo enfermo y la ancianidad de la madre revelan el cuerpo como lugar de dependencia mutua y sentido. Por contraste, *Un mundo feliz* evidencia la negación radical de la vejez y el desgaste, generando una existencia sin profundidad ética: sin duelo, sin cuidado, sin aprendizaje en la pérdida.

La fragilidad se presenta como una condición existencial ineludible del cuerpo, que genera dependencia y una redefinición de los roles afectivos. Se elimina mediante ingeniería genética, condicionamiento y una cultura de la juventud perpetua. Es vista como un defecto social a erradicar.

Por otro lado, la finitud se confronta a través de la memoria, la pérdida, el dolor físico y la conciencia de la muerte, generando melancolía y reflexión. Se evade a través del placer constante, el consumismo, la promiscuidad y el soma. La muerte es un evento trivial y despojado de significado.

Es así como la finitud se manifiesta como una exclusión sutil y afectiva, donde el anciano se convierte en un objeto de cuidado, amado pero despojado de autonomía. Es absoluta: se margina la vejez misma, eliminándola del ciclo vital para garantizar la estabilidad. El "problema" se resuelve borrando la categoría.

En estudios sobre envejecimiento activo (López Marulanda et al., 2018) y representaciones sociales de la vejez (Miranda Ávila et al., 2021). Estos coinciden en la urgencia de resignificar esta etapa vital. La filosofía contemporánea aporta lecturas contrastantes: Han (2012, 2021) advierte que la sociedad del rendimiento invisibiliza el desgaste y patologiza el cansancio, mientras Nussbaum (1986, 2007) lo resignifica como terreno de solidaridad y justicia. La literatura refuerza esta tensión: González dignifica la fragilidad como experiencia humana, Huxley la suprime en favor de una perfección artificial. Se confirma que negar el desgaste es negar la propia humanidad.

7. Discusión

La edad ha sido una fuente de autoridad. La experiencia acumulada, la memoria colectiva y la propiedad conferirían a los mayores un poder considerable. Sin embargo, esta conexión no

es natural, sino una construcción social que Un mundo feliz subvierte por completo, mientras que el análisis de Beauvoir la revela como un campo de batalla constante entre generaciones.

En la sociedad diseñada por Huxley, la autoridad no reside en la experiencia ni en la sabiduría acumulada. El poder está en manos de los Interventores Mundiales, como Mustafá Mond, cuya legitimidad proviene del control científico y administrativo. La gerontocracia tradicional es impensable, pues la “sabiduría” es un producto manufacturado: “Sesenta y dos mil cuatrocientas repeticiones crean una verdad”. El conocimiento no se adquiere; se implanta. Por lo tanto, un individuo de sesenta años no es más sabio ni tiene más autoridad que uno de veinte. El poder es tecnocrático y atemporal, y la edad, como factor de diferenciación social, ha sido completamente neutralizada.

Beauvoir, presenta una diversidad de modelos históricos donde la relación entre edad y poder es mucho más compleja y conflictiva:

- Gerontocracia Real: Documenta numerosas sociedades donde los ancianos detentan el poder político, religioso y familiar. Cita como ejemplos los consejos de ancianos en Esparta (la gerusía), el Sanedrín hebreo o los líderes tribales que custodian los mitos sagrados que estructuran la comunidad. En estas sociedades, la autoridad del paterfamilias es casi absoluta.

Conflicto Generacional: Al mismo tiempo, Beauvoir analiza innumerables ejemplos de conflicto. La mitología griega está plagada de ellos, con Cronos derrocando a su padre Urano y Zeus haciendo lo propio con Cronos. En la sociedad feudal, la fuerza del joven guerrero prima sobre la experiencia del anciano, dinámica ilustrada en la leyenda del Cid, donde el joven Rodrigo debe vengar una afrenta que su anciano padre ya no tiene la fuerza para lavar, suplantándolo y convirtiéndose en la “cabeza de mi casa”.

Mientras Huxley presenta una sociedad donde la autoridad basada en la edad ha sido eliminada en favor de un control tecnocrático, Beauvoir demuestra que en las sociedades reales

el poder de los ancianos es un equilibrio inestable. Huxley no propone simplemente una alternativa a la gerontocracia; diseña un sistema para prevenir el «campo de batalla» entre generaciones que Beauvoir describe, asegurando así una estabilidad absoluta al eliminar una fuente primaria de fricción social. La pérdida de esta batalla, ya sea por cambios socioeconómicos o por la simple decadencia física, conduce inexorablemente a la marginación.

Tanto en la ficción distópica como en la realidad histórica, la «utilidad social» se erige como el principal factor determinante del estatus del anciano. El valor de un individuo a menudo se mide por su capacidad de contribuir a la colectividad, y la vejez representa un punto de inflexión crítico en esta evaluación. Un mundo feliz y La vejez presentan dos modelos de cómo se define y gestiona esta utilidad.

En el universo de Huxley, la utilidad no se adquiere con la experiencia ni se pierde con la edad; está predeterminada genéticamente desde la decantación. Cada individuo es manufacturado para cumplir una función específica. El Proceso Bokanovsky, que permite producir «noventa y seis seres humanos donde antes sólo se conseguía uno», es el epítome de esta lógica de utilidad planificada, cuyo fin es crear “Gammas estándar, Deltas semi-imbéciles y Epsilones”. En este sistema, no existe un rol para el “anciano sabio”, porque el conocimiento se imparte a través de la hipnopedia y la función social es un producto de condicionamiento. La razón es simple: en los Epsilones, “no necesitamos inteligencia humana”. Un individuo es útil desde su decantación hasta su muerte, sin transitar jamás por una fase de “inutilidad” senil.

Simone de Beauvoir, en cambio, dedica gran parte de su obra a demostrar cómo la utilidad del anciano es variable, contingente y, en última instancia, decisiva para su destino. Su análisis revela un espectro de posibilidades:

- Utilidad Positiva: En ciertas sociedades cazadoras-recolectoras o tribus africanas, los ancianos acumulan un poder inmenso. Su experiencia práctica, su memoria de rituales y su

conocimiento de la naturaleza los convierten en “hombres de cabellos grises” indispensables. Beauvoir señala que “su autoridad es inmensa” porque detentan el saber sagrado y técnico que garantiza la prosperidad del grupo.

- Utilidad Negativa: En el extremo opuesto, en sociedades con recursos escasos, el anciano improductivo se convierte en una “boca inútil” y es abandonado o sacrificado. Beauvoir evoca la novela *Narayama*, basada en una costumbre japonesa, donde las familias llevaban a sus ancianos a una montaña para que murieran.

- Utilidad en la Modernidad: Según Beauvoir, la Revolución Industrial transformó radicalmente la concepción de la utilidad. El trabajador anciano, antes artesano con un saber valioso, se convirtió en “material humano obsoleto”, desechado por la fábrica en cuanto su productividad disminuía. Esta nueva lógica económica “se cumplió a costa de un increíble derroche del material humano”.

En palabras de Beauvoir (1970), “la vejez no es solo una realidad biológica, sino también un hecho cultural que se vive y se interpreta en cada sociedad” (p. 19), y esta afirmación encuentra resonancia en la escritura de González, que pone en primer plano la experiencia corporal y emocional de envejecer. Es necesario devolver la mirada positiva al envejecimiento en la época contemporánea.

8. Conclusiones

El contraste radical entre la representación humanista de Tomás González y la distopía tecnológica de Aldous Huxley ilumina la crisis cultural contemporánea en torno al envejecimiento. Ambas obras, desde perspectivas opuestas, funcionan como una crítica profunda a una sociedad que, como señaló Beauvoir, prefiere conservar la vejez como una noción puramente abstracta. *El fin del océano Pacífico* nos confronta con la realidad íntima de una vejez marginada por un cuidado que anula la autonomía, mientras que *Un mundo feliz* lleva esta lógica de la exclusión a

su conclusión más aterradora: la eliminación total de la vejez para garantizar una felicidad artificial y vacía.

En última instancia, estas dos narrativas actúan como un espejo que nos obliga a cuestionar el “pacto de silencio” que rodea a la vejez en nuestra propia cultura. La comprensión filosófica y literaria del envejecimiento se revela, así, como una herramienta esencial no sólo para desafiar la marginalización, sino para reivindicar un modelo de vida que acepte la totalidad de la experiencia humana. En última instancia, la literatura nos obliga a elegir: la dolorosa dignidad de la madre de González, aferrada a sus deseos entre las ruinas de su cuerpo, o la felicidad vacía de un mundo que, para no ver la muerte en el rostro del anciano, ha preferido no volver a tener un rostro en absoluto.

Pensar la vejez nos obliga a cuestionar el significado de una vida humana completa. Como ya se ha analizado, la crítica implícita en *Un Mundo Feliz* es devastadora: al eliminar el sufrimiento, la vejez y la muerte, se erradica también la posibilidad de acceder a la tragedia, la nobleza o el heroísmo, condiciones que, como señala De Beauvoir, son síntomas de “ineficacia política” en una sociedad “debidamente organizada”. Una vida sin confrontación con la finitud es una vida superficial, un entretenimiento perpetuo desprovisto de profundidad. La literatura, a través de autores como Tomás González, cumple la función ética de hacernos empatizar con la riqueza de la experiencia de la vejez, una riqueza que una sociedad puramente utilitarista es incapaz de reconocer y, por tanto, de valorar.

Ambos textos demuestran que la pérdida de una función social definida es la causa fundamental de la devaluación del individuo. El *Estado Mundial* de Huxley representa la conclusión lógica y aterradora de la mentalidad industrial que Beauvoir critica: un sistema donde el “material humano obsoleto” ya no es un subproducto del sistema, sino que se previene desde la fase de diseño. Esta valoración, o su ausencia, se traduce directamente en la capacidad de ejercer autoridad.

9. Bibliografía

Arendt, H. (1993). *La condición humana* (8.^a ed., J. E. Rivera, Trad.). Paidós. (Obra original publicada en 1958)

Aurenque, D. (2021). *Fenomenología de la vejez y el cuerpo como anclaje al tiempo*. Valenciana, 14(27), 147–168. <https://doi.org/10.15174/rv.v13i27.479>

Beauvoir, S. de. (1970). *La vejez* (P. Giralt, Trad.). Editorial Sudamericana.

Cicerón, M. T. (2009). *Sobre la vejez* (A. Moreno, Trad.). Alianza Editorial. (Obra original publicada en el 44 a.C.)

Epicuro. (2003). *Carta a Meneceo y otras obras* ONOMAZEIN 4 (1999): 403-42 (C. García Gual, Trad.). Alianza Editorial.

González, T. (2020). *El fin del océano Pacífico*. Alfaguara.

Han, B.-C. (2012). *La sociedad del cansancio* (A. Mendoza, Trad.). Herder.

Han, B.-C. (2021). *La sociedad paliativa* (A. Mendoza, Trad.). Herder.

Huxley, A. (2005). *Un mundo feliz* (R. Bartra, Trad.). Edhasa. (Obra original publicada en 1932)

López Marulanda, Á. M., Atehortúa Arango, B. E., & Muñoz Mejía, S. (2018). *Aportes de las personas mayores a la inclusión social: Un estudio desde el envejecimiento activo*. Universidad Católica de Oriente. <https://repositorio.uco.edu.co/handle/20.500.13064/286>

MacIntyre, A. (1999). *Animales racionales y dependientes: Por qué los seres humanos necesitamos las virtudes*. Paidós.

Medina Rendón, V. (2025). *Sabiduría y exclusión: una mirada desde la filosofía a la situación de las personas mayores*. *Contribuciones Desde Coatepec*, (42), 159–172. <https://revistacoatepec.uaemex.mx/article/view/24489>

Mèlich, J. C. (2022). *Filosofía de la finitud*. Herder.

Miranda Ávila, L., Gálvez Ortiz, C. A., & Gañán Moreno, A. (2021). *Representaciones sociales de la vejez y el envejecimiento en dos grupos de mujeres de Medellín (Colombia)*. *Psicoespacios*, 15(24), 83–100. <https://doi.org/10.25057/21452776.1403>

Nussbaum, M. C. (1986). *La fragilidad del bien: Fortuna y ética en la tragedia y la filosofía griega* (C. Gardini, Trad.). Visor.

Nussbaum, M. C. (2007). *Las fronteras de la justicia: Consideraciones sobre la exclusión* (R. A. Maestre, Trad.). Paidós.

Nussbaum, M. C. (2018). *Envejecer con sentido*. Paidós.

Gadamer, H.-G. (1997). *Verdad y método I: fundamentos de una hermenéutica filosófica* (6.^a ed., trad. A. Agud Aparicio y R. de Agapito).

Redeker, R. (2017). *Bienaventurada Vejez*. Luna libros